

MARTA RIQUELME

Ezequiel Martínez Estrada

MARTA RIQUELME

seguido por

**JUAN FLORIDO,
PADRE E HIJO,
MINERVISTAS**

INTERZONA

INTERZONA

Colección ZONA de TESOROS

Martínez Estrada, Ezequiel

Marta Riquelme / Ezequiel Martínez Estrada. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2018.

132 p. ; 17 x 11 cm. - (Zona de tesoros)

ISBN 978-987-3874-73-4

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa. I. Título.

CDD A86o

Marta Riquelme y Juan Florido, padre e hijo, minervistas fueron publicados por primera vez en 1956.

© Fundación Ezequiel Martínez Estrada

© interZona editora, 2007, 2018

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Diseño de tapa: Florencia Gabrás | Estudio KPR

Corrección: Bettina Villar

Cuidado de edición: Brenda Wainer

Producción: Mariel Mambretti

Libro de edición argentina.

Impreso en India. *Printed in India*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

MARTA RIQUELME

La obra inédita de Marta Riquelme —el nombre me era conocido y hasta familiar, no recuerdo por qué lecturas— que el lector encontrará a continuación fielmente reproducida y que por este prólogo se le presenta, ha sido escrita por su autora con la intención de que llegara a conocimiento de muchas personas. Quiero decir, que se publicara, y es lo que hago yo ahora obediente a su voluntad y al interés del relato. Pero debo advertir que Marta Riquelme no es una escritora. Hasta diría que casi no sabe escribir. Los originales me fueron entregados por el doctor Arnaldo Orfila Reynal, quien los obtuvo a su vez de un amigo de la autora con recomendación de que yo los revisase y que, en caso de encontrarlos de interés, los publicara con un prólogo, que es este que estoy escribiendo.

Debo consignar en este mismo instante una peripecia imprevista sobre la suerte del manuscrito, llevado por mí a la imprenta con harta precaución. Quiero pensar que todo ha obedecido a desorganización de la editorial y del administrador de la imprenta, y debo afirmar que estoy decidido a trabajar en el prólogo aunque no tenga a mano el manuscrito (lo sé de memoria y puedo reconstruir la escritura tal cual la veo

como si la tuviera ante mis ojos). Temo que el manuscrito haya sido secuestrado por manos familiares interesadas en que desaparezca. Pero antes de nada necesito explicar lo que ha ocurrido y pido disculpas al lector si me aparto un poco de la forma usual de los prólogos. Porque en definitiva este es tanto un prólogo como un desahogo personal; y es que en el texto hay vaticinio, hasta en detalles casi insignificantes, acerca de la suerte que podría correr ese manuscrito. Se diría que Marta Riquelme previó tantas dificultades en un estado de clarividencia profética. Yo no creo en estos fenómenos sobrenaturales o por lo menos misteriosos, todavía; pero tratándose de Marta Riquelme ¿de qué se puede dudar? La autora usa a menudo expresiones como “mi destino”, “lo que inevitablemente ocurrirá”, “como es inevitable que acontezca”, “no podré salir nunca de mi soledad por medio de estas *Memorias* que escribo para consuelo y también para que sean conocidas por otros seres que puedan sufrir como yo”, etc.

En tanto continúo diligencias para rescatar el original de sus indignos poseedores, quiero decir de la familia del doctor Finderalte, que el médico ha fallecido. Me dedico entonces a publicar este prólogo sin escrúpulos a ese respecto, porque he tenido que iniciar un pleito para el secuestro judicial de las *Memorias*.

Aunque este es episodio extraño al texto, no lo es en cuanto coincide en su semántica con el destino de la autora y aun refleja una faceta pavorosa de su misteriosa existencia. También ella fue misteriosamente arrebatada al mundo o sustraída a nuestro vivir terrestre, por decirlo así, ya que me ha sido imposible encontrarla viva ni muerta.

Fui la semana pasada repetidas veces a la casa editora y de allí a la imprenta, sin poder dar con la copia dactilografiada y corregida por última vez en jurado reunido en pleno, para evitar lapsus (que aparecieron, a pesar de todo, demasiado numerosos, por desgracia). En la editorial daban a entender que no tenían la más remota idea del libro; acaso trataran de eludir toda noticia y explicación acerca de los originales. Es verdad que los entregué al director-gerente con la terminante consigna de que a nadie se permitiera tocarlos ni verlos. Además, bajo su palabra de honor, esos originales no pasarían por otras manos que de las suyas a las del director de la imprenta, del capataz y del linotipista. Los empleados ignoraban hasta la existencia de la obra y el director-gerente no había dicho una palabra a nadie antes de embarcarse para los Estados Unidos. Fui a la imprenta, como dije, no menos de diez veces –el lector comprenderá mi situación y por qué yo informo de estos pormenores– hasta que, después de entrevistarme con cada uno de

los altos empleados y de los empleados subalternos, interrogué a los linotipistas, uno por uno. Es indudable, pensé, que la consigna ha sido cumplida con excesivo celo. Nadie tenía conocimiento de las *Memorias* de Marta Riquelme, ni de libro ninguno de la índole del que yo les explicaba, sin adelantarles mucho tampoco de su contenido, más bien por temor a que se divulgaran los nombres que en ella figuran. Por fin decidí penetrar sin ser anunciado en el despacho del director técnico de la imprenta. Se sorprendió como si no me reconociera.

—Discúlpeme —le dije—; pero estoy cansado de peregrinar y de perder el tiempo. Necesito cotejar algunos pasajes del libro de Marta Riquelme, *Memorias de mi vida*, de la Editorial Tierra Purpúrea. Es estúpido que me lo oculten a mí, desde que yo soy el verdadero editor responsable.

—¿No encontró usted al ordenanza en la puerta? —me contestó seriamente.

—No; ha desaparecido. Entré porque usted se ha negado a recibirme en veinte ocasiones.

—Lo ignoraba. No me han dicho nada.

—¿Me conoce usted? —Y lo miré fijamente.

—Por supuesto, señor Martínez Estrada.

—¿Y no le ha dicho su secretaria cuántas veces lo he llamado yo por teléfono?

—No, no me ha dicho. Pero ahora, ¿es que no estaba el ordenanza?

—Lo que necesito saber es si me permite consultar esos originales.

—Esos originales —remedó, destacando como yo lo había hecho las sílabas, aunque con inesperada amabilidad—. Ante todo ¿a qué originales se refiere usted? —Se levantó y se me acercó en actitud amistosa.

—Ya se lo dije: a las *Memorias*, de Marta Riquelme.

—Sí, ya sé, de la Editorial Tierra Purpúrea. Pero es el caso, mi amigo —me palmeó en el hombro—, que usted insiste en un asunto que creo haber aclarado bastante bien con el señor Fino. El mismo día de marcharse él, tuvimos una larga conversación por teléfono, pues no sé quién —recuerde, haga memoria— me habló en su nombre sobre tales originales para que yo se los entregara.

Y me contempló como si yo ocultara algún secreto.

—¿Y qué le dijo?

—Que estaban aquí.

—¿Aquí?

—Sí, que estaban aquí, pero no aquí, en mi despacho, entiéndame bien, se lo ruego, sino en la imprenta. Póngase usted ahora a buscarlos. Es lo mismo que buscar una aguja en una pajarita.

—¿Que los busque yo? Imagino que no se habrán perdido.

Sentí un frío mortal en la espalda. Tres años de trabajo y tres meses para pasarlos a máquina.

—No pueden haberse perdido, si es que los ha entregado efectivamente. Pero ahí está la imprenta. Pues me parece haber comprendido, de lo que me dijo el señor Fino, que usted quedó en llevárselos y nunca se los entregó. Además no olvide usted que para esa editorial trabajan otras seis imprentas, aparte de la nuestra.

—Pero se iba a componer aquí, en su imprenta.

—Eso suponía también el señor Fino. Pero ¿a quién, entonces, dio el señor Fino los originales para que los trajera a la imprenta? Porque a mí no me los ha entregado nadie.

—¡Se han perdido, Santo Dios!

—No quiero decirle eso, no se ponga nervioso. Veo que usted está muy agitado y que no me entiende bien.

Efectivamente. Pero volviendo al prólogo, mi querido lector, como ya dije, he tenido que transcribir de memoria, sin poder cotejar con aquella única copia hecha a máquina. He perdido toda esperanza de que se encuentren jamás los originales. Aunque no sería imposible que el señor Fino se los llevara, inadvertidamente, a Estados Unidos en las maletas, pues en los últimos días, en la atolondrada víspera de su partida, me dicen que los conducía en una cartera bajo el brazo, temeroso de que se le extraviasen. Necesariamente habré

de recurrir a los manuscritos, para no demorar este trabajo y en honor a la fidelidad que te debo, querido lector. Esperar el regreso del señor Fino para dejar aclarado este contratiempo supera la resistencia de mis nervios. En todo caso, realizaré otra copia del original que compusimos los cinco, aunque para mí sea una tarea harto difícil. Actualmente esos manuscritos los tiene Limperalta, el perito calígrafo y grafólogo tan conocido que nos secundó, desesperadamente interesado en realizar un estudio psicológico de la autora mediante el examen de la letra. (Debo advertir que, a mi juicio, estaba equivocado en su hipótesis arbitraria, al suponer que se trataba de un caso de reencarnación de María Baskirtseff. Un absurdo descomunal. No logrará aclarar nada de este misterio, estoy seguro. Tengo que decírselo en cuanto pueda hablar con él. Limperalta está muy enfermo ahora).

Entretanto visité a mi amigo el doctor Orfila Reynald y me eché en sus brazos exhausto.

—Es preciso que me socorra usted —le dije—; estoy desesperado. Perdimos la copia de las *Memorias*.

Me contempló con extrañeza, como si le diera la noticia de un desastre.

—¡Las ha perdido usted!

—En la imprenta o en la editorial. Tenemos que entrevistar a la persona que se las entregó y que solo usted conoce; al amigo de Marta Riquelme.

—¿Qué está diciendo, por favor? ¿No recuerda que ese amigo ha muerto hace un año? Noto que está muy excitado.

—Sí, lo estoy. Entonces, visitemos a la misma Marta Riquelme. Es imposible seguir así. Necesito hablar con ella y que me ayude a reconstruir sus *Memorias*.

El doctor Orfila Reynald me contempló muy misericordiosamente y, sin decir palabra, fue a buscar un vaso de agua fría que me bebí de un sorbo.

Pero debo continuar con el texto.

La historia es un poco complicada pero por muchas circunstancias accesorias me parece que ha de ser interesante para el lector; además sería muy difícil la comprensión cabal de esas *Memorias* si yo no explicara algunos pormenores, con lo que viene a resultar que es la obra una pieza, incompleta sin las explicaciones. Necesito darlas y lo que he llamado prólogo no pasa a ser una advertencia preliminar. Lo repito.

Estas memorias que parecen haber sido escritas para simple desahogo de un alma atormentada, evidentemente, llevaron la intención de que adquiriesen difusión y hasta celebridad. Todavía no he podido saber con certeza si los originales fueron entregados por ella al amigo que se los entregó al doctor Orfila Reynald, por cuyas manos llegaron a mi poder, o si le fueron

robados. Esta última hipótesis es muy posible, pues tratándose de una mujer muy sensata y de familia conocida, resulta extraño que voluntariamente haya entregado esos papeles que, evidentemente, reflejan curiosas intimidades con una franqueza muy pocas veces usada en esta clase de confidencias, pues incluye nombres propios de personas, muchas de ellas sus familiares consanguíneos, que han tenido participación en sucesos tan extraños y dramáticos. Ni el doctor Orfila Reynald ni yo hemos podido averiguar hasta la fecha más noticias que las que da la misma autora, pero no nos cabe duda, por las múltiples diligencias que necesito contar, de que esa mujer existe. O para hablar con mayor precisión, que existió; que es la autora de estas memorias y que las demás personas nombradas en ellas existen también. Cuando fuimos en busca de don Antonio Gómez Santayana, que tendría noticias de los Riquelme, nos dijeron en Bolívar que ya no vivía allí. No sabían nada de él ni conocían palabra de la historia de La Magnolia. La opinión general en el pueblo era de que reinaba allí una armonía y felicidad como solo proporciona la riqueza y el afecto de familia. De Marta no supimos absolutamente nada, y de haber podido hablar con ella no me habría sido posible interrogarla sobre los puntos fundamentales de sus *Memorias*, ya que ello hubiera podido crear a

la autora una situación muy incómoda en el seno de su familia y en el de sus muchas relaciones en el pueblo o ciudad donde residen o residieron. Visité la casa que hoy tiene, como antes, tres patios, el último especie de potrero donde están los caballos. Un galpón, con la cosechadora que se describe en el relato y que permanece embargada desde hace veinte años como resultado del pleito familiar. Hay allá numerosas gallinas, ladrillos y montones de basura que tiran desconsideradamente. El segundo patio que se comunica por un pasaje en arco está flanqueado de habitaciones. En el medio está el pozo, con molino y tanque para todos. En el primer piso está el antiguo comedor, la cocina grande (todavía varias familias comen juntas), despensa, baños. Toda la casa de dos pisos está en bastante buen estado de conservación, el primer patio tiene un tercer piso con habitaciones de madera y corredores muy anchos, cubiertos. Hay varias escaleras, algunas de caracol, y en este patio, en el centro mismo, está el hermoso y grandioso magnolio.

Todavía persisten las rivalidades de familia, según las ramas de descendencia y colaterales. Hay ocho ramas, con ciento veinte personas. Están repartidas en los dos cuerpos principales de edificios, y a pesar de las desavenencias no han logrado separarse e ir a vivir a casas distintas, pues de las

ocho familias hay cinco grupos y los tres restantes están adheridos a ellos, formando causa común. En la ciudad o pueblo de Bolívar se dice que el magnolio impide a todos separarse y que el pleito lleva ya ochenta y cinco años sin fallarse. He podido informarme de algunos pormenores no exentos de interés, por ejemplo que los arreglos de la casa y del molino se hacen por sorteo y que los impuestos se pagan por turno. No hay administrador, y el último cesó hace treinta años en esas funciones onerosas. Algunos abogados viven ahora en la misma casa, vinculados por lazos de familia a los habitantes que, en su mayoría, llevan el apellido de Riquelme Andrada y forman parte de la familia más bien como parásitos que como parientes. Hay muchísimos niños y muchos enfermos. Naturalmente los proveedores entran y salen constantemente, y para habitar tanta gente allí hay mucho silencio.

He averiguado que la familia de Marta, cuando escribió estas *Memorias*, se componía del padre, la madre, dos hermanas –Margarita y María– y dos hermanos que, en las *Memorias*, no son sino aludidos. Parece ser que el padre era usurero. Se llevaba mal con la mujer que, según versiones quizás antojadizas, lo engañaba desde hacía mucho tiempo con C. (no diré el nombre). Mario, que es personaje importante del relato, era empleado de banco y lo es todavía pero en

otra ciudad; se había enamorado de Margarita al principio, y, según las *Memorias* (aunque no es muy claro), de Marta. María amaba a otro joven, como se verá. Marta trataba de quitarles los novios a sus hermanas, y en esto, a pesar de su niñez, era una diablesa. Por eso se mata Margarita. Últimamente el padre bebía mucho. Don Antonio era hermano de la madre: un canalla. Marta lo ennoblece, vaya a saber con qué intención maligna, pues lo cierto es que había violado a una criatura; episodio desfigurado en las *Memorias*. Recuérdese esta advertencia cuando se lea la parte pertinente (pág. 746). Se supone también que haya violado a Marta y que convivió con ella. Se había separado de la mujer, que todavía vive en el mismo edificio. Actualmente él se ocupa de procuración. En cuanto a don Indalecio, lo he conocido: es un infeliz, cesante del escritorio de una tienda. La mujer es muchísimo más joven que él y bastante bonita. Da pensión a varias personas y ocupa una pieza con ellos. He sabido hace unos días que Indalecio murió al quemársele las ropas y meterse en un ropero para apagarlas. Ardieron también los muebles. Al abrir la puerta de la habitación se halló el cadáver carbonizado y una caja de monedas de plata cerrada con llave sobre él.

Hay hechos que no registra el manuscrito. Por ejemplo:

Los habitantes de La Magnolia promovieron un pleito al abuelo, alegando derechos de propiedad. Como eran tantos hubo gran confusión en el juzgado, y el pleito después de ochenta y un años estaba en el mismo estado, con ciento seis legajos, que cuando tenía dos. En el juicio de reivindicación participaban también abogados de la capital, y otros que entraron a formar parte de la gran familia, sin ser recusados, pues nadie sabía por quiénes tomarían partido al fin. Más bien procuraban, de las quince partes actoras, conquistárselos. Vivían en trance de hostilidad manifiesta, llegando muchas veces a las manos –especialmente las mujeres, que quedaban día y noche en La Magnolia y que solían tomar represalias contra las criaturas–. Además, recuérdase que ellas nunca salían, por temor de que algún intruso nuevo ocupara sus habitaciones. Parece haber sido uno de esos casos el supuesto estupro de la hijita de la señora a quien nunca se nombra, y que debió ser de parentesco muy próximo con Marta –se supone una tía paterna–.

Ahora que me decido a publicar el libro, todos los escrúpulos quedan a salvo porque la autora asume la responsabilidad de lo que cuenta y del grado de veracidad que los hechos puedan tener. Yo hice por mi parte otras investigaciones que no he de referir, porque podrían sembrar dudas o sospechas sobre ese grado de veracidad. En fin, paso a tema más importante.